

Hoy es Domingo / ASENSIO SÁEZ

Suspiro de España

PARA el manejo del dengue y la sandunga, para el mejor entendimiento de la majeza, del toletole y el toma y dale, y hasta de los mismísimos intrínquilos de la tonadilla, nadie como Ramonita, *la Peluquera*, la niña de los Pérez, aficionada de pro, folklórica de ley, toda ella suspiro de España.

Como, vocación profesional aparte, Ramonita tiraba al monte de la canción española, no había en el pueblo festival organizado por la Asociación de Vecinos, boda o bautizo de campanillas, reunión de rango, sin la correspondiente intervención de *la Peluquera*, dando así cuerpo al drama de doña Sol de Saavedra, enamorada de cierto torerillo de Ronda; a la peripecia marinera y colorista del *Tatuaje*, a la ironía casi de cómic de una *Niña de la estación*, al problema pasional de *Tú eres mi marido*, en la línea benaventina de una *Señora ama...*

Providencial fue la generosa intervención de don Braulio, el director de la banda municipal:

—Hoy o nunca, Ramonita. Es tu momento.

A la vista estaba. Después de muchos años de olvidos y menosprecios, la copla venía retomando sus perdidos fueros. *Long-play*, teatro, radio y televisión daban paso a la gloriosa resurrección de tonadillas, marchas, pasodobles, zambras... Según don Braulio, amante del arte a la vez que utilitario y oportunista, la ocasión la pintaban calva. Así fue cómo empezó a ocuparse del futuro triunfo de Ramonita, dispuesto a valerse de

sus influyentes amistades en el mundillo musical para hacer de *la Peluquera* la futura Concha Piquer con miras al nuevo milenio.

—¿Quién, servidora de Madrid? Antes muerta. A mí me saca usted de mi peluquería, de mis amistades y conocimientos, y soy mujer al agua.

Dios y ayuda costó convencerla. Labor heroica por parte de los padres, del señor Pérez, en primer lugar, que desde el mostrador de su carnicería otorgó firma y rúbrica para poner en venta el solar de la calle Real, con destino a los gastos del lujoso vestuario de la niña, publicidad, *cassettes* de Ramonita a enviar a los influyentes amigos de don Braulio, Carlos Herrera entre ellos...

Moviendo de este modo Roma con Santiago consiguió al fin don Braulio la apetecida inclusión de Ramonita en aquel magno espectáculo titulado *Caras inéditas de la copla*, algo así como un nuevo *Azabache*, de tan grato recuerdo en la pasada *Expo* de Sevilla.

A trancas y barrancas —nervios, ensayos, pruebas de vestuario, entrevistas—, llegó la hora de la verdad, con un lleno del teatro hasta la bandera.

Victorioso, don Braulio llevó hasta el camerino, refugio de los Pérez, la buena nueva: don Terence Moix se había dignado ocupar una butaca en la fila cinco.

—¡Tres minutos para su actuación! —avisaba alguien al otro lado de la puerta del camerino.

—¡Un *paralís* me inmoviliza, madre!



—Ea, una oración a Santa Rita, un trago de *casera* y, hala, al escenario.

Atacaba la orquesta los primeros compases de *Francisco Alegre*. Volvió a repetir ante la impasibilidad desconcertante de Ramonita. Un totalmente despiadado empujón de don Braulio, un tanto lívido, la remitió al escenario. Los focos debieron cegarla momentáneamente, por lo que Ramonita tuvo que utilizar sus dos manos como amparadoras viseras, a la

vez que clamaba a voz en grito:

—¡Santa Lucía me valga, que no llego a distinguir cuatro en un burro!

Entre cajas, bramaba la madre:

—¡El paseíllo de entrada, nena, el paseíllo!

Ejecutado —nunca mejor utilizada la expresión— el paseíllo, Ramonita intentó comenzar la canción, sólo que ahora no recordaba la primera frase. Intentó entonces aplacar la rechifla general en un intuitivo guiño

al público dirigido:

—¿Saben ustedes lo que pasa? Pues que los nervios me comen. Por nadie pase. ¡En mi pueblo hubiera querido una que la hubiesen visto actuar en la boda del boticario o en la clausura del cursillo de las Amas de Casa!

Optó seguidamente por *La morena de mi copla*, canción que demandaba tanto brío y galanura, tan bravo tronío, que en uno de los respingos, convulsiones y cabriolas de Ramonita, vinieron a enredarse los flecos del mantón en la vara metálica del «micro», enhiesto periscopio en mitad del proscenio, con tan mala fortuna que la apasionada intérprete vino a dar con sus huesos en el santo suelo mientras su bonito abanico de nácar y lentejuelas, dibujando una perfecta curva en el aire, iba a rebotar, tal estaca de Drácula, en la pechera impoluta del director de orquesta. Desde no se sabía dónde, tronaba entonces la petición desesperada de alguien:

—¡Telón, telón, que bajen el telón!

Está claro que, en el primer tren, Ramonita y su tropa regresaron al pueblo y que allí, uncida de nuevo *la Peluquera* al secador y al *champú*, a sus peines y tijeras, transcurrió mucho tiempo sin ánimos de llevarse a la boca canción alguna, hasta que una tarde que el *salón* rebosaba de nutrida y selecta clientela, le fue solicitada por ésta la merced de una canción, petición a la que Ramonita, fiel de algún modo a su vocación copleira, no supo negarse, interpretando unos *Ojos verdes* de tan inmejorable calidad que ni siquiera la mismísima doña Concha Piquer, con ser quien fue, hubiera podido mejorar. Pero ya era tarde.